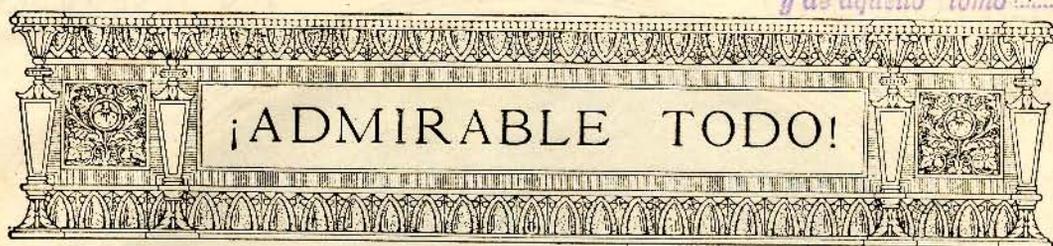


Caras y Caretas
24 VIII 1920

Buenos Aires (R.A.)

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo 1.^o



Para CARAS Y CARETAS



la

QUEL ingeniosísimo jesuita que fué nuestro — ¡y tan nuestro! es decir, ¡tan español! — P. Baltasar Gracián, el padre del conceptismo que codificó en su *Agudeza y Arte de Ingenio*, aparecido en 1648... Pero, ¿por qué su compañero de Orden, el P. Antonio Astruc de la misma Compañía, dice en el tomo V, cap. V, § 3 de su *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España* — también yo soy a ratos perdidos erudito — que «por cierto... la Compañía tuvo la desventura de que saliese de su seno el legislador de esta algarabía» refiriéndose al conceptismo literario? ¿Desventura? ¿Algarabía? Hoy le llamarían a eso paradojas...

El P. — padre del conceptismo — pues, Baltasar Gracián, a quien tanto han admirado tantos y entre ellos Schopenhauer, que le tradujo al alemán, en la Crisi II de la Primera Parte de su obra *El Crítico* — siglo de erudito una vez tomada carrera — dice que: «Entramos todos en el Mundo con los ojos del alma cerrados y cuando los abrimos al conocimiento, ya la costumbre de ver las cosas, por maravillosas que sean, no dexan lugar a la admiración».

Acaso sea así o acaso sea más bien que uno no tiene tiempo de maravillarse por serle maravilloso todo. Que es lo que le contestó uno delante mío, a don José Echegaray que le preguntaba, como en examen, porque se mantienen en equilibrio el trompo bailando y la bicicleta corriendo y fué que le dijo: porque no tienen tiempo de caerse. Y así el que en el fondo se maravilla o admira de todo parece no admirarse de nada.

h

El mismo Gracián dice en unas líneas después de las citadas esto: «El no admirarse procede del saber en los unos, que en los más del no advertir». Pero yo que si no soy jesuita, no me falta mucho de conceptista, creo que hay quienes, como los supuestos salvajes y los niños, si no se admiran de nada es porque para ellos todo es admirable, esto es: milagroso. Porque el milagro, *miraculum*, es lo que se admira. Y el precepto latino a los sabios, aquel de no admirarse de nada — *¡nihil mirari!* — se dirige a los que por imaginarse neciamente que saben la razón de algo ignoran que no saben el por qué de cosa alguna y no se admiran. Que es lo propio de los que se enjuagan la boca con la palabra Ciencia — así, con mayúscula — y se romadizan la sesera con su vaho. Y son los que caen de rodillas en adoración ante cualquier juguete de Física o de Química y con tanto mayor fervor cuanto menos sepan como funciona.

«La postración mental del salvaje se conoce — nos decía un amigo — en que al ver por primera vez volar sobre su cabeza un aeroplano se queda tan fresco y no se admira...» Y le replicamos: «Más fresca se queda un águila, y es que el águila y el salvaje saben que se mueven en un mundo milagroso, que todo cuanto ven es milagro, y uno más no les chocha...» Porque el salvaje, en efecto, no se explica como vuela el aeroplano o como habla el fonógrafo pero tampoco cree que sabe como vuela el águila o como habla su mujer. Acostumbrado a ver maravillas y a tener conciencia de que lo son, un nuevo milagro no le hace efecto.

Ni distingue el salvaje entre milagro subjetivo y milagro objetivo. Es subjetivo, v. gr. el que uno sueña que se le aparece un ángel, y es objetivo el que se le aparece un ángel en sueños. Y para el salvaje un aeroplano es, lo mismo que un águila, un ángel.

«¿Pero y la novedad...?» — preguntará algún lector descontentadizo. Pues bien, amigo mío — lo soy de todos los descontentadizos — para el salvaje no hay nada nuevo bajo el sol porque cada sol de cada día es un sol nuevo y es todo siempre nuevo y está él, el salvaje, naciendo a cada momento. Digo, me lo figuro... Porque en rigor yo no he sido todavía salvaje. Me cogió la civilización al nacer y han estado prediciéndome milagros los que no creen en ellos. Y no creen en ellos porque no se han percatado de que es milagroso todo, absolutamente todo lo que ocurre. Y hasta lo que no ocurre.

En cuanto a la novedad, mira, mi descontentadizo lector y amigo, riete de las novedades de la mecánica que los sabios traen de vez en cuando a éste que nuestro Gracián llamó «plausible Theatro del Universo», y créeme que lo más nuevo sería lo más viejo. Figúrate que un sabio que fuese de exploración científica en un aeroplano se encontrase por los aires con uno de aquellos gigantes reptiles voladores de las edades paleontológicas o que al aterrizar tropezase con un dinoterio, un iguanodonte, un plesiosaurio u otra novedad así... ¡Eso sí que sería nuevo, verdaderamente nuevo! ¡Compara un tanque con un mamut y dime luego!

Pues bien, el salvaje tiene — digo... me parece que la tiene... — una cierta oscura noción de que la mayor novedad es él mismo, el salvaje...

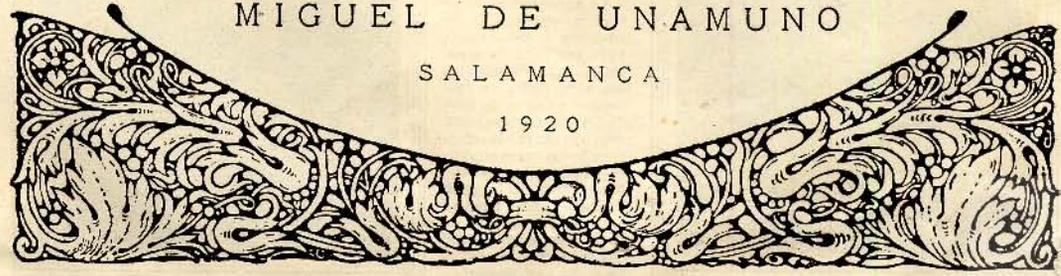
¿Pero no crees, lector amigo, que el salvaje no existe ni ha existido nunca y que somos nosotros, los que presumimos de civilizados, los que lo hemos inventado para darnos importancia? Porque la peor manía del hombre que ha leído un manual científico es la de darse importancia.

Tengo curiosidad por ver como ilustran este... desahogo. Y luego te hablaré de la ilustración. Y de la información gráfica en relación con el cine.

MIGUEL DE UNAMUNO

SALAMANCA

1920



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CREDOS.USALE.S